

*En defensa de Celio,*  
de M. T. Cicerón

Dolores Fernández Muñiz

## NOTAS Y RESEÑAS

**E**l Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM ha seguido publicando en textos bilingües las obras de los autores griegos y latinos —*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*. Una de las publicaciones, relativamente más recientes, es el discurso de Cicerón en defensa de Celio y las cartas que se conservan de la correspondencia habida entre ambos durante la estancia del primero en Cilicia, en la costa sur de Asia Menor.

En el estudio preliminar, Amparo Gaos nos habla de estos dos romanos, quienes, de su clase y de su época —Cicerón, de familia de caballeros, oriunda de Arpino; Celio, también de caballeros, también de Arpino— tratan de alcanzar fama y fortuna y preponderancia política en el mejor sentido de la palabra, uno; fama y fortuna y preponderancia política, en cualquier otro sentido, el otro. Y también de qué razones puedan haber movido a Cicerón a defender a Celio, aparte de su indudable debilidad por este joven en quien acaso veía cualidades que a él faltaban: aplomo, cierta arrogancia y aun cinismo para moverse con soltura y gracia entre la sociedad cultivada de la ciudad más poderosa de su tiempo. Pues Cicerón, veinticuatro años mayor que Celio, había sido su mentor y amigo durante los primeros

años en el foro de Celio; pero se había distanciado de su joven pupilo cuando Celio, en su afán de acercarse a quien fuera a ser más influyente, había coqueteado, incluso, con la causa de Catilina, el peor enemigo de Cicerón en tiempos de su consulado.

Cicerón olvida esas pasadas veleidades políticas de Celio y lo defiende de una acusación de Atratinio, cuando supone que esta acusación ha sido inspirada por Clodia —la Lesbia del poeta Catulo y hermana del temible Clodio, quien, ligado a los intereses de Julio César y falto de todo escrúpulo, había causado grave daño a Cicerón. Todo perdona, entonces, Cicerón a Celio para lanzarse con su defensa en contra de Clodia y de cuanto ella representa; por su clase, de origen patricio en el bando de los “populares” y por su grupo, el de César, a quien Cicerón veía con muchísimo recelo.

Así, al presentar la versión del discurso y de las cartas, Amparo Gaos recrea la vida de Celio en este estudio, en el que aparece en el trasfondo la ciudad de Roma en toda la feroz vitalidad de aquellos años del fin de la República. En un análisis cuidadoso del discurso —el contenido mismo, el tono y el estilo que eligió el orador para su causa— señala los sutiles recursos a que acude Cicerón para ganar la voluntad y el favor de los jueces y la simpatía y comprensión de todos.

La maestra Gaos se fija normas precisas y rigurosas a las que ciñe su versión castellana, plegándola “por completo al original latino” sin más límites que los que “la propiedad léxica o la corrección sintáctica” le impusieron. Procuró, así, unificar la

traducción terminológica para evitar el uso de sinónimos innecesarios y respetar al máximo la sintaxis, tanto por su valor literario como por considerar que “indudablemente reproduce la secuencia lógica” de los pensamientos del autor.

Estas normas estrictas, cumplidamente satisfechas, son un esfuerzo serio por verter al castellano el original latino con la mayor fidelidad posible, en forma y en espíritu, sin menoscabo de la belleza original, pues nos ofrece Amparo Gaos una versión “apegada al original cuanto es posible” en una prosa precisa, hermosa y elegante, como muestra de cuán dúctil puede ser un bien manejado castellano.

Las numerosas notas que acompañan al texto latino facilitarán la lectura al estudioso o conocedor de la lengua, aclarando los problemas de orden sintáctico o morfológico que puedan presentarse. Las notas a la introducción y al texto en español, datos históricos en su mayor parte, son suficientemente prolijos para que aun un lector poco familiarizado con el contexto histórico en que se desarrolla la acción, pueda comprender el caso particular que se debate y sus múltiples implicaciones.

En todo caso, esta cuidada edición del discurso ciceroniano y de estas cartas de Cicerón y Celio traen de nuevo a la realidad de nuestros días, la realidad y los días de Roma en el siglo anterior a nuestra era. También logran cumplir la voluntad de Celio, expresa en una de sus cartas:

“...deseo que, de entre tantos monumentos tuyos, permanezca alguno que transmita también a los venideros la memoria de nuestra amistad.”